

raro que el que se *picaba* por alguna contusión recibida diese de mojicones al que creía habíasela inferido.

Terminada la hora de recreo, ó sea la de *cuajo*, se volvía á los corredores de Pasos para estudiar y preparar las cátedras de la tarde hasta el medio día, que era la hora señalada para el refectorio, al que entraban los alumnos del Colegio Chico después de haber comido los del Colegio Grande, que eran los filósofos del segundo y tercer año y los juristas. Una larga y estrecha galería separaba un colegio del otro, y por ella marchábamos de uno en fondo y en el orden de nuestros asientos, marcados en el extenso comedor.

Daban las ventanas de éste al patio malamente llamado de la *Majada*, pues nada ofrecía que pudiera justificar su nombre, sino tan sólo algunos arbustos de sauco junto á las paredes. Instalados los alumnos en sus respectivos asientos del refectorio, servíase la comida por varios mozos que en discos de madera llamados *portadoras*, con sus mangos, conducían cada vez ocho platos con sus correspondientes condimentos, en tanto que un alumno, nombrado *ad hoc*, nos leía de pie en la tribuna, la *Monarquía Indiana*, de Torquemada, de la que nadie hacía caso. Una sopa, el puchero y un guisado que llamaban principio y era para nosotros un mal fin, frijoles, pan y tortillas de maíz, una piezasilla de fruta y otra en compota, constituían la comida, que nuestras buenas facultades digestivas de niños y tanto ejercicio nos hacían devorar. Algunas veces, por campanada de vacante, nos servían un condimento que era de nuestro gusto, tal era una torta de arroz con su *salsa de ángel*, y entonces poníamos en juego toda la astucia de que éramos capaces para repetir el susodicho plato, *encantando* á los mozos, es decir haciéndolos tontos con la maravillosa desaparición de aquél. Es verdad que la torta angélica quedaba aplastada entre la cubierta de la mesa por su reveiso y el plato sostenido con el cuchillo clavado en una hendedura de la madera.

Después de un corto descanso concurríamos unos á la sala de dibujo y otros á la de música, que enseñaba uno de los filarmónicos más entendidos que ha tenido México, Don José Antonio Gómez. Ambas salas se halla-

ban en la galería mencionada, y mientras en una Nájera y Sánchez Solís hacían prodigios con la tinta de China, en la otra ensayaban los alumnos que constituían la orquesta, oberturas como *La Fausta* y el *Caballo de bronce*, misas de Gómez y de compositores italianos y otras piezas instrumentales. El solfeo y el piano se estudiaban en diversas piezas correspondientes á la misma galería.

Entre la música y el dibujo, ramos para mí de gran prelección, elegí el primero, con el deseo de estudiar el piano bajo la hábil dirección de Don José Antonio Gómez; pero mis propósitos no se realizaron, porque, contra mi vocación, túvose por conveniente destinarme para niño de coro. A los que desempeñaban cargos como éste en la iglesia de Loreto, dábanles diariamente en el refectorio, dos ó tres semanas antes de cada clásica función, y á la hora crítica de las diez y media, una taza de leche caliente y un bizcocho de la afamada casa de Ambriz; así es que yo no sé si, en virtud del balsámico alimento, canté bien; pero lo que sí puedo asegurarte, caro lector mío, es que canté mucho bajo las bóvedas de aquel famoso templo.

A las cuatro de la tarde repetíanse las cátedras y á las cinco era llegada la hora más solemne del *cuajo*, en la que se reproducían con más fuerza los juegos y diabluras de la mañana, como que las circunstancias para los alumnos no eran las mismas, puesto que en tales momentos no se entregaban á sus recreaciones, sino después de haber vigorizado sus estómagos con una tacilla de chocolate y un buen pan.

A poco la noche extendía su obscuro manto sobre el vetusto colegio, en el que algunos quinqués de aceite, fijos en las paredes, alumbraban escasamente los extensos corredores, en los que se rezaba el rosario y se estudiaba, para lo cual encendíanse algunas velillas de sebo, que permitían á los estudiantes, distribuidos en diversos grupos, distinguir los caracteres de sus libros.

He dicho se rezaba el rosario, y nada es más falso que esto, pues no debe tenerse por rezo las palabras que mienten los labios con absoluta independencia del sentimiento. Arrodillábanse los alumnos en dos alas, á lo largo del corredor, y á la cabeza el que dirigía el

coro. Cuando el Padre Maestro, que iba y venía, á paso lento, entre ambas filas de muchachos, se alejaba un tanto, el rezo se simplificaba á su mínima expresión, de esta manera:

—Dios te salve, bendita entre las mujeres, amén Jesús.

Santa María, los pecadores, de nuestra muerte, amén.

Y apenas se iniciaba la letanía con las palabras ¡Kirie eleison! ¡Christi eleison! cuando ya terminaba con el Agnus Dei qui tollis peccata mundi.

Terminado el llamado rosario, acudíamos por cuarta vez al refectorio á cenar frugalmente, consistiendo el plato principal en un guisado que, por el color de caldo, dábamosle el nombre de agua puerca. Servíase al fin miel de panela, con su hojita de naranjo, siendo la tal miel la que, según te he manifestado, lector amigo, guardábamos en botellitas para endulzar el atole del desayuno al día siguiente. También se leía en la tribuna, durante la cena, mas como de costumbre nadie hacía caso del lector.

Los *Pasos* de la noche eran los que más se aprovechaban en el estudio, menos cuando el Padre Maestro se ausentaba por un caso fortuito, pues entonces renacía el desorden, promovido por los *abanderados*, que eran los colegiales más inquietos, quienes se asociaban para fraguar y llevar á cabo sus travesuras, capitaneados por Pedro Landázuri.

Para hacer resaltar el espíritu que animaba á los estudiantes de aquella época, referiré una escena que tuvo verificativo en los corredores de *Pasos*.

Propusímonos parodiar la guerra Catilina, maestramente relatada por Cayo Crispo Salustio, para lo que nos favorecía la ausencia accidental del Padre Maestro y de los *bocas*, como llamábamos á los chismosos. Para la representación de aquel drama dióseme el papel del inquieto Lucio Sergio Catilina, y á uno de mis condiscípulos, que gozaba fama de hablantín, el de Marco Tulio Cicerón, é hicieron otros nombramientos como los de senadores, de Marco Petreyo, de mis parciales principales como Cayo Manlio y Fesulano, sin omitir los de la perdida Sempronio, que había de entrar en la conjuración, y de Fulvia, que había de descubrirla.

Elegí para mis parciales á los más turbulentos del Colegio chico, á fin de que todo estuviera en consonancia con la historia, y el drama comenzó en el corredor de *Pasos*, débilmente alumbrado por aquellas velillas de sebo que en sus arandelas de hoja de lata ardían sobre los respaldos de las bancas. Reunióse el Senado en lo más apartado del corredor y ante él me presenté muy estirado para demostrar mi descaro y arrogancia, mas como el Cónsul Cicerón estaba ya en autos de los planes de la conjuración, por haberlos descubierto la chismosa Fulvia, ó sea la *boca* de otros tiempos, y en el Colegio era González el *coyote*, se levantó mohino de su asiento y con potente voz lanzóme la famosa invectiva:

*Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? hasta el pasaje: O tempora, O mores!*

Confundido yo por la elocuencia de Cicerón salí precipitadamente del Senado y fuíme á reunir con mis parciales en otro corredor, é inmediatamente, subido sobre una banca, los arengué, diciendo:

*"Compertum ego habeo, milites, verba viris virtutem non addere,"* etc., etc., para todo lo que mucho nos favorecían los tremendos ejercicios de memoria á que se nos sujetaba en el Colegio. A poco, fuimos allí sorprendidos por Marco Petreyo, lugarteniente de Cayo Antonio, con su cohorte Pretoriana, y dió principio la más reñida batalla, á reglazos, puñadas y librazos, hasta que el Petreyo del Colegio, el Padre Maestro, llegó, armado de la palmeta, á ponernos en juicio, y á impedir que Catilina, contra la verdad histórica, desapareciera de entre los vivientes.

Maltrechos todos nos retiramos del campo de batalla, ó sea del corredor de la sala de Guadalupe, con las contusiones consiguientes y los vestidos desgarrados, y á los que los conservaban intactos, habiánles crecido, convertidas en fundas las piernas de los pantalones y las mangas de las chaquetas, á causa de haberseles deshecho las alforzas que las inocentes señoras de aquella época hacían á los vestidos de los niños para soltarlas en proporción al crecimiento de éstos.

A las 9 de la noche sonaban las campanadas que marcaban el momento de la queda; todos nos recogíamos en nuestros dormitorios,

débilmente alumbrados, respectivamente, por una farola de escasa luz. Oíanse, tan sólo, los pasos tardos del Maestro de aposentos que recorría todos éstos para vigilarnos y, á poco, sólo el silencio de la noche reinaba en el recinto del Colegio, poco antes tan bullicioso.

Las relevantes cualidades del Rector eran su vasta instrucción, su rectitud y su buen don de gobierno; mas como nada es perfecto en la humanidad, adolecía el Sr. Rodríguez Puebla de un vicio en que declinaba el hábito de los castigos que, á veces, rayaban en crueldad. Presentábase, cuando menos se esperaba, en los corredores, en el refectorio, en las cátedras, en los dormitorios, distinguiéndose por su elevada estatura, su ceño cevero y su andar reposado, sin abandonar la capa, que sostenía recogida por detrás con la mano izquierda, en tanto que con la derecha se alizaba el cabello largo con que cubría la parte calva de su venerable cabeza. Siempre que observaba algo que le desagradara, por insignificante que fuese, daba tres fuertes palmadas, que resonaban fatídicamente en los ámbitos del Colegio. El alumno de tal manera llamado acercábase medrosamente al Rector, y antes de que moviese sus labios para responder á la pregunta por éste dirigida, había recibido ya un solemne mojiçón por debajo de la barba, que casi siempre lo obligaba á morderse la lengua, y si el alumno, para evitar este contratiempo, recogía aquélla y hablaba confusamente, el Rector insistía en que se expresara con claridad, á fin de aprovechar el momento oportuno de darle en la barba el contundente golpe á puño cerrado, al que se daba el nombre de *cochino*. Sin duda el buen Rector de mi amado colegio ponía continuamente en obra el lance aquel que refiere el Padre Isla, en su famosa obra "Fray Gerundio de Campazas" cuando trata de la educación del hijo de Antón Zotes y de Catanla Rebollo, y para probar ésto que digo, copio el párrafo que al asunto se refiere:

"Como la buena de la Catanla abría tanto la boca para pronunciar su A, y naturaleza liberal le había proveído de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezón, quizo su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompa-

sadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosele toda la entrada del esófago, y de la traqui-arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubría hasta los vasos linfáticos, donde excretaba la respiración. Cesaron las voces, asustáronse todos, hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se le volvió á encajar en su sitio natural, bien que como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua y escupió algo de sangre."

Esos celebérrimos mojiçones del Rector eran, comunmente, los preliminares de otros castigos, como palmetazos, cuerazos y encierros en las *bóvedas*, ó sean los calabozos del Colegio Chico. He hablado ya de los palmetazos que se propinaban en número increíble, los que hacíannos ver rayos y estremitas cada vez que los recibíamos: trataré en seguida de las azotainas y encierros. Las azotainas eran comunes y de poca importancia, propinadas á un solo individuo; mas no así las que se administraban á varios alumnos que juntos habían cometido las mismas faltas, pues entonces el castigo era más solemne. Al efecto, el Rector siempre llevaba consigo un cuero enrollado, grueso y de vara y media de longitud, el cual, según las malas lenguas de los resentidos colegiales, había servido al padre de aquel para sostener su cántaro de aguador.

El hecho que paso á referir da la verdadera medida de las azotainas gregorianas. La extensa sala de San Estanislao era el dormitorio de más de treinta alumnos, entre los que se encontraba un *boca* que, además de su nada envidiable oficio, desempeñaba el repugnante de traidor, pues era él quien, á veces, invitaba á sus compañeros de colegio para *salar*, es decir, para faltar á las clases, é irse á jugar á un sótano que existía en el patio de la *Majada*; después hacía la lista de los *salantes* ó faltistas y los denunciaba para que fuesen irremisiblemente castigados. Judas semejante bien merecía la pena que le impusimos.

Llevamos adelante nuestro propósito tal día como hoy, comprando al despensero Tellechea, que era quien la fruta nos vendía, cuan-

to zapote prieto tenía en la despensa, y así preparados, sorprendimos al delincuente á media noche, lo desnudamos por completo, dímosle unos cuantos porrazos y le untamos en todo el cuerpo aquella substancia negra. En tan miserable estado, lanzóse fuera de la sala, corrió por los corredores, llamó á la puerta del Rector, entró en la alcoba de éste y denunció lo acontecido. Sorprendido el Rector por la extraña figura que á deshoras se le aparecía, como fatídica sombra no disipada por la tenue luz de una lamparilla, intimidóse por de pronto, mas repuesto del susto que infundiera la visión, preguntóle con burla si era el diablo. Cuando el maestro de aposentos se presentó en la sala, por orden del Rector, todos los alumnos nos hallábamos sin chistar, recogidos en nuestros lechos.

Tres días después, estando los delincuentes en cátedra, recibimos la orden de acudir á la sala de San Estanislao, á las cinco de la tarde, y esperar cada quien, de pie, al frente de su cama. A poco presentóse el Rector con el ceño adusto, y arremetió incontinenti al primero que encontró delante, dándole dos ó tres de los consabidos *cochinos* y buenos tirones de cabellos, luego hizo poner una cama en el centro de la sala, entregó á un alumno que por fuerte y toscó llamábamos *manotas*, el cuero aquél para que nos diese con él. Diezmando primero, y quintando después á los alumnos, hízoles tender, por turno, boca abajo en aquella cama y ordenó á *manotas* que cumplierse con su oficio. Este como buen compañero y víctima también, procuraba que el cuero produjese su principal efecto en el colchón, pero Don Juan Rodríguez, á quien nada se le escapaba, comprendió la mácula, tomó el aborrecido cuero en la mano y dió á *manotas* dos ó tres fuertes zurriagazos que le hicieron saltar una vara sobre el suelo, diciéndole al aplicarle cada uno de aquéllos: *así se da*. En consecuencia la zurra prosiguió con el deseado rigor mas ninguno de los castigados, en su mayor parte de corta edad, lloraban ni decían como en la Amiga: *ya no lo volveré á hacer*, sino, por el contrario, mordían la almohada y se estaban fuertes, jurando vengarse del famoso *bocas*.

Yo me escapé de la azotaina, debido á la suerte, mas no del castigo general, dictado por el Rector, cual fué encierro de los delin-

cuentes en la misma sala y privación del chocolate y de la cena de aquel día. Sin embargo, había tal hermandad en aquel colegio, que ninguno de nosotros quedó sin alimento aquella noche, pues todos los colegiales de las otras salas acudieron en nuestro socorro, llevándonos tacos, que nos entregaban por la rejilla de la puerta, y en tanta abundancia, que de lo excedente amaneció regado el suelo de la sala.

En la pieza del Rector había un perro de piedra á cuya cabeza aplicaba fuertes coscorrónes todo alumno que era castigado con tal pena, por haber infringido alguna disposición reglamentaria, y no se crea que la intensidad de aquéllos quedaba al arbitrio del castigado, pues si daba flojo en la susodicha cabeza, la suya era la que recibía el coscorrón del contundente puño del Rector ó de otro superior, para enseñar de esa manera al alumno á dar recio y á veces hasta hacerse sangre. Los pañuelos y otros objetos perdidos por los alumnos, los depositaba aquel perro, del cual eran separadas tales prendas por sus dueños mediante los expresados golpes.

Tal era el terror que en todos infundía D. Juan Rodríguez Puebla que hubo vez que algunos colegiales que nos entreteníamos en jugar á la momita en un lugar vedado, preferimos arrojarlos del corredor al patio, antes que entregarnos al Rector, que venía á nuestro encuentro. Preciso es decir que á los gregorianos nada tenía que envidiar la Santa Inquisición.

Varias eran las bóvedas ó prisiones del Colegio Chico, siendo temible la de San Lucas por ser extremadamente húmeda y tener, con frecuencia, el piso anegado, circunstancia por la cual, veíase el castigado obligado á permanecer quieto y encogido sobre una sucia y estrecha tarima, por pedruscos sostenida. Ese sótano tenía una ventana que daba á la huerta, por la cual nos escapábamos los enjutos de carnes, los únicos que podíamos aprovechar el estrecho hueco que provenía de la dislocación de una de las barras de la reja de fierro. Entonces nuestra excursión no se limitaba á la huerta, sino que la emprendíamos al abandonado templo de Loreto, que á pesar de hallarse completamente anegado, lo recorríamos en toda su extensión, saltando de uno á otro *zoclo*. A esta circunstancia se debió, sin duda,

la alucinación de los que atisbaban el interior del templo por una rejilla que en la tapiada puerta había. Alguien creyó observar la existencia de una sierpe, monstruo alado y con garras que vagaba en el solitario recinto del templo, por lo que el pueblo se apiñaba en la susodicha puerta para observar el monstruo aquel que no existía y sin embargo, todos veían, describiéndolo con sus pelos y señales. La prensa trató del asunto y sólo el tiempo pudo desengañar al pueblo de su ofuscación. No faltó algún especulador que vendiese escamas de pescado, como procedentes de aquel monstruo y en las cuales, se decía, estaba grabada la imagen de Ntra. Sra. de Loreto.

Aquel soberbio templo abandonado, que tenía su suelo cubierto de agua y sus elevadas y majestuosas bóvedas inundadas de luz; algunas aves que revoloteaban, asustadas por nuestra presencia, tratando de huir por las vidrieras rotas de las ventanas; la repercusión en los solitarios ámbitos del edificio, de nuestras voces y de los chasquidos producidos por el agua al recibir los cuerpos sólidos que le arrojábamos y, por último, aquella Santa Casa de Loreto, imagen fiel de la feliz mansión de Nazaret, en que se verificó la Encarnación del Divino Verbo, aquella casa que se alzaba con su techo de dos aguas sobre el pavimento del presbiterio; todo nos infundía un santo respeto mezclado de pavor y de tristeza.

He dicho lo bastante acerca de los castigos, para pintar el espíritu de la época, absteniéndome de indicar otros, para que no se crea que trato de rebajar en algo las relevantes cualidades del Rector Don Juan Rodríguez Puebla, concretándome á citar los más generales, con su deformidad, porque así lo requiere la verdad histórica.

El rigor observado en el Colegio debía de ejercer poderosa influencia en el porvenir de los alumnos de carácter más ó menos enérgico, como lo comprueba el hecho que paso á indicar, y fué el origen de la carrera militar de Don Miguel Miramón. Hallábase éste cierto día en el Colegio, departiendo amigablemente con sus compañeros Andrade, Valdez, González y Caballero, sobre las excepciones de la vida campestre galanamente expuestas en una novela para ellos predilecta, y aprovechándose Miramón del entusiasmo que en todos

producía la idea de libertad, propúsoles abandonar el Colegio, y á fin de obligarlos á dar el atrevido paso, expúsoles el contraste que exis-



DON MIGUEL MIRAMÓN.

tía entre la vida libre del campo y la del Colegio, sujeta á tantas privaciones y á tantos castigos. Un lunes fueron llevados al Colegio los cinco alumnos por sus respectivos criados, mas al volver éstos las espaldas, en la portería, emprendieron la fuga reuniéndose en un lugar de la ciudad, previamente determinado. Conforme á su primera decisión, dirigieronse á pie á la Villa de Guadalupe con el fin de marchar en seguida para Texcoco; pero mudando de parecer, deshicieron el camino y tomaron el de Tlalpan para ir á buscar en las asperezas del Ajusco la soñada y dichosa dehesa. El día avanzaba y el hambre apuraba á los cinco niños que habían abandonado su Colegio, provistos de escasísimos recursos, por lo que se decidieron á pedir hospitalidad en la primera casa que la suerte les deparó. La dueña de ésta recibiólos con afabilidad pero les manifestó que nada podía hacer en favor suyo sin consentimiento de su marido, quién no tardaría en presentarse. En efecto, á poco llegó éste é informado por la señora de la pretensión de aquellos niños descarriados, cuyo buen porte prevenía en su favor, procedió á pedirles explicaciones sobre la causa de su abandono, las que dieron ellos contándole mil mentiras, siendo la principal la de que los cinco eran huérfanos de padre y madre, y que vagaban en busca de algún empleo, aun cuando fuera el de pastores. Aquel señor, que no era otro que el juez de Tlalpan, comprendió por

el interrogatorio capcioso que hizo á los vagabundos y por haber creído reconocer en uno de ellos al hijo de un amigo suyo, que los cinco habían desertado de sus casas. Para no hacerle el cuento largo, querido lector, te diré que el activo juez pronto devolvió la calma á cinco familias de la Capital, á las que como era natural, habíalas puesto en la mayor congoja la desaparición de aquellos niños. De éstos, dos que fueron Andrade y Caballero, volvieron al Colegio de San Gregorio, donde el Rector, no conformándose con los azotes que les diera, los mandó atusar y vestir de soldados, en tanto que Miramón fué enviado por su padre al Colegio Militar en el que hizo su brillante carrera que vino á terminar en un patíbulo. Gregorianos fueron también los soldados valerosos Ignacio Zaragoza, Estéban Coronado, Plutarco González y otros.

El sistema de castigos establecido en aquellos tiempos, contrasta con el de absoluta lenidad que hoy se observa en las sociedades modernas, ambos viciosos, de lo que resulta que si antes los alumnos temblaban, en presencia de los profesores, hoy éstos tiemblan en presencia de los alumnos.

Los gregorianos, para toda asistencia, vestíamos de negro, traje de etiqueta, sin exceptuar á los de muy pequeña edad, lo que no dejaba de ser algo extravagante, pues al lado del grave profesor veíase á un muñeco de frac y sombrero alto, y en el conjunto de todos una parvada de zopilotes, que era el nombre que justamente se nos daba.

Colegial que se enfermaba, cuatro compañeros cargaban con él en la cama, llevándolo á la enfermería donde lo asistía el Doctor Robredo ó el Doctor Cepeda, quedando al cuidado de un viejo seco que, según la iconología, era la imagen fiel de la dieta á que iba á sujetarse al paciente: champurrado por la mañana, sopa de pan y un cuarto de pollo asado al medio día y vuelta con el atole en la tarde y vuelta con el pollito en la noche, amén de las cucharadas prescritas por el Doctor y administradas con estricta puntualidad por el escuálido vejete.

Con ciertos toques de campana anunciábase la llegada del médico, y los que trataban de fingirse enfermos, buen cuidado tenían de no hacerlo con el Doctor Robredo, que era vi-

vo, si los hay, y al instante comprendía el engaño y haciéndose el desentendido recetábale al del fingimiento una onza de sulfato de magnesio y dieta rigurosa, con lo cual no le quedaban ganas á aquél de hacer otra vez la *clacuacha*, es decir, perdediza la salud.

Los sábados, por la tarde, había cátedra de religión y sabatinas, se hacía el aseo general de salas y acudían, por turno, á la iglesia, los colegiales que iban á confesarse para comulgar al día siguiente, durante la misa. A la confesión precedía, como era natural, el examen de conciencia, para el que ocupaban aquellos una larga banca de la iglesia, manifestando el mayor recogimiento; pero cuando concurría el grupo de incorregibles, desaparecían las señales de verdadero respeto y tomaban dichos alumnos una actitud afectada, so pretexto de entregarse á la abstracción por entero. Sentábanse estirando las dos piernas y recargando, por la nuca, la cabeza en el respaldo de la banca, echábanse en la cara el pañuelo ó vendábanse los ojos y mediante estas circunstancias fingían entregarse por completo al examen de sus pasadas diabluras. Los más malévolos de entre ellos aprovechaban la ocasión que les ofrecía la hipócrita actitud de todos, empujaban la banca hacia atrás, la que, volteada, caía al suelo y con ella los incautos colegiales, sin poder éstos descubrir á los autores del percance, que no pocas contusiones y chichones en las cabezas había causado.

Los domingos, después de la misa y del desayuno, procedían todos los alumnos al aseo de sus personas, indispensable condición reglamentaria para poder salir del Colegio. Corregían, con la aguja y la seda, los desperfectos de su ropa, zurciendo un rasgoncillo ó pegando botones con tan fuertes remaches, que antes desprendiérase el pedazo de lienzo, que de éste aquéllos, y como entonces eran de moda los peinados *á la romántica*, los que no tenían para pagar al peluquero, ensortijaban hacia adentro la extremidad de su luenga caballera por medio de otates bien calientes; lavábanse y daban lustre á los zapatos y aquel que por su desgracia, ó culpa de la lavandera, no había recibido su ropa limpia, fingía con papel de marca el cuello y la pechera de su camisa, con notable perfección, á pesar de ser la tal pechera, según el uso, de tablas menu-